

# LA TEORÍA CLÁSICA DEL COMERCIO INTERNACIONAL Y LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS<sup>1</sup>

H. Myint

Recientemente ha arreciado la controversia en torno a las posibilidades de aplicación de la "Teoría Clásica del Comercio Internacional" a los países subdesarrollados.<sup>2</sup> Los rasgos característicos de esta controversia podrían establecerse como sigue: los críticos comienzan por destacar que la estructura del comercio internacional del siglo XIX, cuando los países subdesarrollados exportaban materias primas e importaban bienes manufacturados, ha sido desfavorable al desarrollo económico de dichos países. Sin embargo, en vez de intentar demostrarlo directamente, centran el ataque sobre la "Teoría clásica", a la cual hacen responsable de la desfavorable estructura del comercio. Los economistas ortodoxos acuden en defensa de la "Teoría clásica", reiterando que el principio de los costos comparativos es aplicable tanto a los países industrializados como a los subdesarrollados. Más adelante, la controversia se desplaza del problema fundamental sobre si la estructura del comercio internacional del siglo XIX, como realidad histórica, ha sido desfavorable a los países subdesarrollados, al problema de si el modelo teórico implícito en el análisis de los costos comparativos es aplicable a dichos países. Ambos bandos tienden a llevar adelante la polémica como si los dos problemas fuesen el mismo y a identificar la "Teoría clásica" con la teoría de los costos comparativos.

En este trabajo, se sostendrá que todo lo anterior ha llevado a descuidar ciertos elementos de la teoría clásica del comercio internacional que están más cercanos a la realidad e ideología de la expansión del comercio internacional de los países subdesarrollados en el siglo XIX. En la Sección I y II se delinearán esos elementos y se mostrará que son atribuibles a Adam Smith y en cierta medida a J. S. Mill. En la Sección III se mostrará cómo puede desarrollarse fructíferamente una de las tesis de Adam Smith a fin de esclarecer las implicaciones de las estructuras pasada y presente del comercio internacional de los países subdesarrollados, más de lo que permitiría la teoría convencional. En la Sección IV se tocarán algunas de las inferencias de política económica que se derivan de nuestro análisis y se

<sup>1</sup> El autor agradece los comentarios de Sir Donald MacDougall, profesor H. G. Johnson, R. M. Sundrum y G. M. Meier.

Véase *The Economic Journal*, vol. LXVIII, núm. 270, junio de 1958, pp. 317-37. Versión al castellano de David Ibarra e Isaac Schweber.

<sup>2</sup> De la extensa bibliografía sobre la materia debemos citar dos notables trabajos publicados recientemente, que sostienen, el primero, la posición ortodoxa; el segundo, la tesis de los críticos: J. Viner, *International Trade and Economic Development*, y S. Myrdal, *An International Economist*.

demostrarán ciertos puntos débiles en la argumentación, tanto de los economistas ortodoxos como de sus críticos.

# I

Los elementos descuidados en la teoría clásica del comercio internacional se pueden encontrar en Adam Smith, particularmente en el importante pasaje de la *Riqueza de las naciones* que sigue:

Las naciones que lo practican, no importa su condición, reciben de él dos nuevos y adicionales beneficios. Remiten al exterior el excedente del producto de su tierra y de su trabajo, carente de demanda en el interior, y consiguen traer, a cambio de aquel sobrante, artículos que solicitan en el país. Confieren valor a las cosas nacionales superfluas al cambiarlas por otros productos que satisfacen parte de sus necesidades, y de esta manera incrementan sus disfrutes. Gracias al comercio exterior, la limitación del mercado doméstico no impide que la división del trabajo, en una rama particular de las artes y de las manufacturas, sea llevada hasta su máxima perfección. Abriendo un mercado más amplio para cualquier porción del producto del trabajo que exceda las necesidades del consumo doméstico, lo estimula para perfeccionar y fomentar las fuerzas productivas, de suerte que alcance un desarrollo considerable el producto anual y, por consiguiente, la riqueza y la renta efectiva de la sociedad. (Libro IV, capítulo II, pp. 393-4. F. C. E., México, 1958.)

Existen dos ideas centrales en el párrafo que antecede. i) El comercio internacional rompe la estrechez del mercado doméstico y proporciona una salida para el excedente del producto sobre las necesidades locales. Lo anterior constituye lo que podría llamarse la teoría “del desahogo de excedentes” del comercio internacional (*vent. of surplus*).<sup>3</sup> Más adelante intentaremos destruir algunos de los prejuicios nacidos alrededor de esta frase de sabor “mercantilista”. ii) Al ensanchar la extensión del mercado, el comercio internacional mejora también la división del trabajo y eleva el nivel general de productividad dentro del país. El concepto anterior proviene de lo que podría llamarse la teoría de la “productividad”. En este trabajo nos referimos principalmente a la teoría del “desahogo de excedentes” y a la luz que arroja sobre el crecimiento del comercio internacional de los países subdesarrollados, pero primero es necesario considerar brevemente la “teoría de la productividad”.

La doctrina de la “productividad” difiere de la de los costos com-

<sup>3</sup> Este término se tomó del profesor J. H. Williams que a su vez lo cita de un pasaje de los *Principios* de J. S. Mill (existe versión española del F. C. E., 2ª ed., México, 1951), en el que Mill criticaba este aspecto particular de la teoría del comercio internacional de Adam Smith. El profesor Williams es el único economista moderno que sostiene esta “tosca” doctrina. Mientras su preocupación principal se refiere a las pérdidas que puede sufrir un país al ser privado de los mercados de exportación para el excedente de su producto, nosotros pondremos especial atención a las ganancias que un país subdesarrollado, aislado hasta ese momento, puede obtener al encontrar una salida (o desahogo) a su capacidad productiva excedente. Cf. J. H. Williams “The Theory of International Trade Reconsidered”, *Economic Journal*, junio de 1929, pp. 195-209.

parativos en la interpretación del término “especialización para el comercio internacional”. a) En la teoría de los costos comparativos, “especialización” significa simplemente un movimiento a lo largo de la “curva estática de las posibilidades de producción”, construida con base en los recursos y técnica dados del país que comercia. En contraste, la “doctrina de la productividad” considera al comercio internacional como una fuerza dinámica que, al ensanchar las dimensiones del mercado y la amplitud de la división del trabajo, eleva la habilidad y destreza de los trabajadores, estimula las innovaciones tecnológicas, permite superar indivisibilidades técnicas y, en general, capacita al país comerciante a disfrutar de rendimientos crecientes y desarrollo económico.<sup>4</sup>

J. S. Mill, que comprendió claramente esta distinción, consideró las ganancias, en términos de la teoría de los costos comparativos, como ganancias directas y, las ganancias, en términos de los incrementos en la productividad de que habla Adam Smith, como “efectos indirectos que deben considerarse como beneficios de orden superior”. Mill fue todavía más adelante para hacer extensiva esta doctrina a los países que se encuentran en “una etapa inicial del desarrollo industrial” y donde, el comercio internacional a través de la creación de nuevas necesidades, “algunas veces es causa de una especie de revolución industrial” (*Principles*, edición Ashley, p. 581. Existe edición en español del F. C. E., 2ª ed., México, 1951.

b) En la teoría de los costos comparativos, la especialización “concebida como una redistribución de recursos, constituye un proceso de especialización, implica la adaptación y reforma de la estructura productiva del país para hacer frente a la demanda de exportaciones y, en consecuencia, es difícilmente reversible. Ello significa que un país especializado en el mercado de exportación es más vulnerable a las modificaciones de los términos del intercambio de lo que se concede en la teoría de los costos comparativos. Más tarde volveremos a tratar este punto.

En el ambiente de florecimiento intelectual que privó en el siglo XIX, el aspecto “productividad” de la especialización internacional dominó por completo al aspecto “vulnerabilidad”. A un nivel semipopular y, particularmente en su aplicación a los países subdesarrollados, la doctrina de la “productividad” de Smith, al desarrollarse, fue más allá de un alegato por el libre comercio para devenir en un alegato en favor del fomento de las exportaciones. En vista de los beneficios que se originan en el comercio internacional al aumentar la productividad y dar estímulo al desarrollo económico, se sostuvo que el Estado debería abandonar la política de indiferencia y pasividad en materia de supresión de las barreras al comercio internacional y al desarrollo económico. Bajo esta influencia, muchos go-

<sup>4</sup> Cf. op. cit., capítulos II y III, Libro I. Este aspecto de la teoría de Adam Smith ha sido difundido por el profesor Allyn A. Young, “Rendimiento creciente y progreso económico”, *EL TRIMESTRE ECONÓMICO*, vol. XXV, núm. 99, pp. 483-498.

biernos coloniales fueron más allá de una política de estricto *laissez-faire* en sus intentos de promoción del comercio de exportación de las colonias.<sup>5</sup> Más aún, a pesar de que dichos gobiernos frecuentemente se vieron obligados a usar métodos no clásicos como el otorgar privilegios monopolísticos a las compañías concesionarias o imponer cargas tributarias a la población nativa para forzarles a convertirse en asalariados o a producir cultivos comerciales, sin embargo, trataron de justificar su política invocando la doctrina de Adam Smith sobre los beneficios de la división internacional del trabajo. Esto explica, parcialmente, por qué algunos críticos han asociado la "teoría clásica" con el "colonialismo" y por qué frecuentemente escogen como blanco de ataque a Adam Smith en vez de hacerlo con Ricardo, fundador de la versión oficial de la teoría clásica del libre comercio.

Es justo indicar que la doctrina de la "productividad" de Smith es más instructiva respecto a las fuerzas ideológicas en juego, que en relación a las fuerzas económicas reales que caracterizaron la expansión del comercio internacional de los países subdesarrollados en el siglo XIX. Es cierto, como se verá más tarde,<sup>6</sup> que tanto el valor total como la producción física de las exportaciones de estos países se expandieron rápidamente. En muchos casos, la tasa de incremento de la producción para la exportación superó con creces cualquier posible tasa de incremento demográfico, dando por resultado un aumento considerable en la producción *per capita*. Pero también es cierto que ello se logró no precisamente en la forma prevista por Smith; esto es, a través de una mejor división y especialización del trabajo y conducente a la implantación de innovaciones tecnológicas y a mejoras acumulativas en la destreza y productividad del trabajo por hombre-hora. Por el contrario, el aumento de producción *per capita* parece ser atribuible a: i) Los incrementos no repetitivos (*once-for-all*) en la productividad que acompañaron a la transferencia de mano de obra de los sectores de economía de subsistencia a las minas y plantaciones, y ii) lo que es más importante, como se verá después, a los incrementos en el tiempo de trabajo y en la proporción de mano de obra asalariada de jornada completa, relativamente a la de la economía de subsistencia caracterizada por el subempleo.

La transferencia de mano de obra de la economía de subsistencia a

<sup>5</sup> Véase por ejemplo, L. C. A. Knowles, *The Economic Development of British Overseas Empire*, vol. I, pp. 119-20, 248-9 y 486-7. No obstante lo anterior, en la Sección IV, se argüirá que, a pesar de la atención que se le ha prestado, la política de fomento a la exportación no tuvo el éxito suficiente para provocar un "desvío" importante hacia las exportaciones.

<sup>6</sup> Véanse las notas 13 a 19. Véase también *The World Dollar Problem* de Sir Donald Mac Dougall, pp. 134-43. El argumento de Sir Donald en el sentido de que la productividad del trabajo en los países subdesarrollados ha crecido con mayor rapidez de lo que generalmente se presupone, se basa principalmente en cifras de productividad *per capita*. Estas cifras no son incompatibles con nuestra tesis de que, en general, la expansión de la producción de exportación se ha obtenido con técnicas y destreza de la mano de obra indígena más o menos constantes mediante el aumento de las horas de trabajo y de la proporción de trabajo asalariado empleado más que a un incremento continuo en la productividad por hombre-hora.

las minas y plantaciones que poseían una relación capital-producto y habilidad administrativa mucho mayores, indudablemente dio como resultado un aumento considerable en la productividad. Pero este fenómeno, debido a múltiples razones, tiene un carácter esencialmente no repetitivo (*once for all*). Primero, la mano de obra nativa que provenía de la economía de subsistencia carecía de calificaciones y era técnicamente atrasada. Más aún, estuvo sujeta a una elevada tasa de rotación, y consecuentemente resultaba inadecuada a todo intento de aumentar la productividad. Desgraciadamente, esta experiencia inicial dio origen o fortaleció la concepción convencional de "la mano de obra barata", que consideró simplemente al trabajo nativo como una masa no diferenciada de fuerza de trabajo de baja calidad que habría de usarse con una inversión mínima de capital.<sup>7</sup> Consecuentemente, cuando la oferta local de trabajo se agotaba, la reacción usual no era la de economizar mano de obra instalando más maquinaria y reorganizando los métodos de producción, sino la de buscar en lugares más alejados oferta adicional de mano de obra barata. Ello explica por qué el comercio internacional de los países subdesarrollados en el siglo XIX se caracterizó por movimientos en gran escala de mano de obra barata procedente, por ejemplo, de la India y China.<sup>8</sup> Esta tendencia vino a ser reforzada con la forma en que se expandió, siguiendo una serie de oleadas, la demanda del mercado mundial de materias primas. Durante los auges, la producción tenía que aumentarse con la mayor premura posible siguiendo los sistemas existentes; no había tiempo de iniciar nuevas técnicas o de reorganizar la producción; durante las depresiones resultaba difícil allegarse capital para tales propósitos.

Este malogrado intento de alcanzar el ideal de Adam Smith, de una especialización conducente a una continua mejoría en la destreza de los trabajadores, también se observa en los sectores de agricultura rústica de exportación. Donde la siembra de exportación resultaba ser un cultivo tradicional (v. gr., el maíz en el Sudeste de Asia), el ensanchamiento de la producción exportable simplemente se obtuvo mediante el expediente de abrir más tierra al cultivo, utilizando los mismos métodos de la economía de subsistencia. Aun en los casos en que se introdujeron nuevos cultivos de exportación, en esencia el éxito de su implantación es atribuible a que pudieron producirse mediante métodos extremadamente sencillos que no implicaron alejamiento radical de las técnicas de producción empleadas en la agricultura de subsistencia.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Cf. S. H. Frankel, *Capital Investment in Africa*, pp. 142-6, y W. M. Macmillan, *Europe and West Africa*, pp. 48-50.

<sup>8</sup> Cf. Knowles, *op. cit.*, pp. VIII y 182-201.

<sup>9</sup> A este respecto, A. McPhee escribe acerca de las exportaciones de aceite de palma y nuez de África occidental: "exigieron poco de la energía e inteligencia de los nativos y no produjeron revolución alguna en la sociedad del África occidental. Esto explica por qué fueron tan fácilmente injertados en la vieja economía y se desarrollaron como lo hicieron" (*The Economic Revolution of West Africa*, pp. 39-40). Algunos autores sostienen que hubo un descuido premeditado en la implantación de mejo-

Por tanto, en vez de un proceso de desarrollo económico basado en una continua mejoría en la destreza de la mano de obra y en combinaciones más productivas de factores y rendimientos crecientes, la expansión del comercio internacional de los países subdesarrollados en el siglo XIX parece aproximarse a un proceso mucho más simple basado en rendimientos constantes y en combinaciones rígidas de factores. Un proceso de tal naturaleza sólo se puede desarrollar sin fricciones si se le alimenta con nuevos suministros de factores en las proporciones adecuadas.

## II

Pasemos ahora a la teoría del “desahogo de excedentes” del comercio internacional de Adam Smith. Esta teoría puede diferenciarse de la teoría de los costos comparativos de dos maneras:

a) La teoría de los costos comparativos presupone que los recursos de un país están dados y empleados plenamente antes de que éste participe en el comercio internacional. La función del comercio internacional consiste entonces en redistribuir de manera más eficiente los recursos dados entre producción doméstica y exportaciones, con base en el nuevo conjunto de precios relativos a que se enfrenta el país. Con un nivel técnico dado y empleo pleno, la producción exportable puede aumentarse solamente a costa de reducir la producción doméstica. En contraposición, la teoría del “desahogo de excedentes” da por sentado que un país aislado, próximo a entrar al comercio internacional, dispone de excedentes de capacidad productiva<sup>10</sup> de un tipo o de otro y que la función del intercambio no es tanto la de redistribuir recursos como la de crear demanda efectiva adicional para la producción de los recursos excedentes que habrían permanecido ociosos en ausencia del intercambio. De aquí se sigue que la producción exportable puede incrementarse sin que necesariamente tenga que reducirse la producción doméstica.

b) El concepto de capacidad productiva en exceso de las necesidades, del consumo doméstico, implica la existencia de una demanda interna inelástica hacia los productos de exportación, conjunta o separadamente con un grado notable de inmovilidad interna y de especialización de los recursos. En contraste, la teoría de los costos comparativos presupone una movilidad perfecta, o, al menos, un nivel mucho más elevado de mo-

rías técnicas en el sector campesino a fin de facilitar la oferta de mano de obra barata a los otros sectores. Cf. por ejemplo, W. A. Lewis, “Economic Development with Unlimited Supplies of Labour”, *Manchester School*, mayo de 1954, pp. 149-50. Si se quiere una descripción de especialización imperfecta en la actividad económica de África occidental, consúltese P. T. Bauer y B. S. Yamey, “Economic Progress and Occupational Distribution”, *Economic Journal*, diciembre de 1951, p. 743. (Existe versión en castellano del trabajo de W. A. Lewis; ver *EL TRIMESTRE ECONÓMICO*, vol. XXVII, núm. 108, pp. 629-675.

<sup>10</sup> Un excedente relativamente a las necesidades domésticas y no un excedente de exportaciones sobre importaciones.

vilidad interna de los factores, conjunta o separadamente con un grado mucho mayor de flexibilidad o elasticidad en el lado de la producción y del consumo. Consecuentemente, los recursos redundantes en la producción de exportación no permanecerían como un excedente en la capacidad productiva, sino que serían absorbidos por la producción interna, aun cuando el proceso tomara cierto tiempo e impusiera una pérdida al país.

Los dos puntos anteriores ponen claramente de manifiesto una característica peculiar de la teoría del “desahogo de excedentes” que puede utilizarse tanto como un argumento en favor del libre comercio como en un alegato en contra del intercambio, dependiendo del punto de vista que se adopte. a) Desde el punto de vista de un país aislado con antelación y que está próximo a participar en el comercio, un excedente en su capacidad productiva susceptible de aprovecharse para el mercado de exportación deviene prácticamente en un medio de adquirir importaciones y expandir la actividad económica interna sin incurrir en costo alguno. En este sentido, Adam Smith la utilizó como argumento en favor del libre comercio. b) Desde el punto de vista de un país ya establecido en el comercio internacional que se enfrenta a un mercado mundial fluctuante, la existencia de un considerable excedente de capacidad productiva que no puede desviarse de la producción de exportación a la de consumo interno, lo hace “vulnerable” a perturbaciones económicas externas. De hecho, es así como los escritores contemporáneos que se refieren a los países subdesarrollados, utilizan el mismo panorama descrito por Adam Smith como una crítica a la estructura del comercio internacional del siglo xix. Este concepto de vulnerabilidad puede distinguirse del que se usó al estudiar la teoría de la productividad del comercio internacional. En este caso, se considera vulnerable a un país cuando éste ha adaptado y reformado su estructura productiva para hacer frente al mercado de exportación a través de un genuino proceso de “especialización”. En el otro, es “vulnerable” simplemente debido a que posee un considerable excedente de capacidad productiva que (aun sin mejoras o aumentos) no puede utilizarse en la producción doméstica. El distingo anterior puede no ser claro en casos límite, particularmente en países subdesarrollados con un sector minero importante. Sin embargo, esperamos haber demostrado que, en general, mientras la vulnerabilidad de los países industrializados como los de Europa occidental que lograron organizar en gran escala el comercio exterior para sustentar a sus grandes poblaciones pertenece a la primera categoría, la “vulnerabilidad” de la mayoría de los países subdesarrollados pertenece a la segunda.

Consideremos ahora la teoría del “desahogo de excedentes” exclusivamente como una herramienta teórica. Entre los economistas existe un fuerte prejuicio en contra de la teoría del “desahogo de excedentes” atribuible, en parte, a la crudeza de su concepción técnica y, en otra, a sus

conexiones mercantilistas. Esto último se remonta hasta J. S. Mill, quien consideró la doctrina del “desahogo de excedentes” de Smith como “una reliquia sobreviviente de la Teoría Mercantilista” (*Principios*, p. 579).

El meollo del problema reside en la siguiente proposición: ¿por qué un país aislado del comercio internacional ha de registrar una capacidad productiva excedente? La respuesta que salta a la vista es la de que dados una combinación aleatoria de sus recursos naturales, las técnicas de producción, los gastos y la población, un país aislado del comercio está sujeto a sufrir de ciertos desequilibrios o desproporciones entre sus capacidades de producción y de consumo. De este modo, tómese el caso de un país que principia con una baja densidad de población en relación con sus recursos naturales. En términos generales, éste fue el caso no sólo en Europa Occidental durante la época mercantilista, sino también en los países subdesarrollados del Sudeste de Asia, América Latina y África, cuando, durante el transcurso del siglo XIX, quedaron expuestos al comercio internacional. En esta situación, la teoría convencional del comercio internacional (en la versión de Ohlin) afirmaría que la desproporción inicial entre tierra y trabajo habría de resolverse mediante ajustes adecuados en los precios: esto es, las rentas serían reducidas y las mercancías que utilizaran relativamente más del factor tierra tendrían precios bajos, mientras que los salarios serían elevados y las mercancías que emplearan relativamente mayor cantidad de mano de obra alcanzarían precios altos. En equilibrio no habría capacidad productiva excedente (aunque bien podría existir un excedente de tierra) debido a que el factor escaso, la mano de obra, estaría empleado totalmente. De esta manera, cuando un país en tales circunstancias se inicia en el comercio internacional, solamente podría elaborar los artículos de exportación extrayendo mano de obra de la producción doméstica. Ahora bien, los resultados anteriores se obtuvieron como resultado lógico de haber supuesto un mecanismo de precios y una organización económica altamente desarrollados en un país, donde también se ha supuesto no haberse registrado contacto previo con el mundo exterior. Este procedimiento puede ser provechoso cuando uno se ocupa de una economía aislada tomada como modelo teórico. Pero puede llevar a resultados engañosos cuando uno analiza, dentro de un marco histórico bien delimitado, a una economía que ha estado genuinamente aislada: en particular es engañoso, cuando uno se ocupa de los países subdesarrollados, muchos de los cuales tomaban economías de subsistencia cuando iniciaron el comercio internacional. De hecho, el crecimiento del comercio internacional fue el fenómeno que trajo y extendió la economía monetaria en estos países. Dado el caso histórico de una economía aislada, ¿podría suceder que las desproporciones iniciales entre recursos, técnicas, gastos y población no se manifestaran bajo la forma de una capacidad productiva excedente?



Adam Smith seguramente pensaba que la preexistencia de una capacidad productiva excedente en una economía aislada constituía un hecho tan comúnmente observado que la asumió implícitamente sin elaborar mayormente sobre el tema. Sin embargo, dejó algunas indicaciones que sugieren cómo “la estrechez del mercado doméstico” —que da origen a la capacidad excedente—, está ligada a la organización económica incipiente de un país aislado, particularmente a la ausencia de un buen sistema interno de transportes y de oportunidades apropiadas de inversión.<sup>11</sup> Más aún, su concepto de capacidad productiva excedente no implica simplemente un exceso de tierra *per se*, sino un exceso de tierra combinado con mano de obra también excedente; posteriormente, Smith incorpora la noción de la mano de obra excedente a su concepción del “trabajo improductivo”. A fin de evitar posible confusión, este último concepto debe distinguirse de la noción moderna de “empleo disfrazado” (ocasionada por la aguda escasez de tierra en países sobrepoblados). No obstante que Smith describió algunos casos de “verdadero desempleo disfrazado”, en el sentido moderno, particularmente en relación a China, el trabajo improductivo como él lo concibe puede tener lugar aun en países de escasa población, siempre y cuando su organización económica interna esté suficientemente subdesarrollada. En realidad habremos de encontrar que la teoría del “desahogo de excedentes” de Smith esclarece notablemente los hechos, especialmente en relación con aquellos países subdesarrollados que se iniciaron con una población poco densa respecto a sus recursos naturales.

### III

Trataremos ahora de relacionar la teoría del “desahogo de excedentes” con el proceso de expansión del comercio internacional de los países subdesarrollados en el siglo XIX. A pesar de la relativamente magra información histórica, las características generales del proceso se destacan claramente. En primer término, los países subdesarrollados del Sudeste de Asia, América Latina y África, que fueron convertidos en importantes economías de exportación, principiaron con una densidad demográfica pequeña en relación a sus recursos naturales. De la misma manera que, en esa época, América del Norte y Australia se calificaron como “vacíos”, los países mencionados arriba, se podría decir estaban, al menos, “semi-vacíos”. En segundo lugar, cuando el proceso de iniciación en el comercio cobra fuerza, la producción para exportaciones de estos países se expande muy rápidamente a lo largo de una curva típica de desarrollo,<sup>12</sup> elevándose muy acusadamente

<sup>11</sup> Op. cit., vol. I, pp. 21 y 383. Esto se asemeja a lo que J. Robinson ha descrito como “estancamiento primitivo”. Cf. *La acumulación de capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, pp. 270-2.

<sup>12</sup> Por ejemplo, el valor anual de las exportaciones de Birmania, tomando en cuenta años de precios altos y años de precios bajos, se incrementó a una tasa proporcional constante del 5 % anual

al principio y disminuyendo gradualmente después. Cerca de la Gran Depresión de los años treinta, el proceso de expansión parecía haberse detenido en muchos países; otros, que lo iniciaron más tarde, pudieron continuar experimentándolo aun después de la segunda Guerra Mundial.

Existen tres razones por las cuales la teoría "desahogo de excedentes" resulta más efectiva que la teoría convencional para analizar la expansión del comercio internacional en los países subdesarrollados.

i) Las elevadas tasas de expansión características en la producción de exportación de muchos países subdesarrollados no pueden explicarse en términos de la teoría de los costos comparativos, basada en el supuesto de recursos y técnica dados. Tampoco puede atribuirse una parte importante de la expansión a cambios revolucionarios en la técnica y a aumentos en la productividad. Como se vio en la Sección I, la producción rural para la exportación creció mediante la extensión de los cultivos, utilizando los métodos tradicionales, mientras que el sector de las plantaciones y el minero lo hicieron sobre la base de suministros de mano de obra barata y gastos mínimos de capital. Por tanto, la contribución de las "empresas occidentales" al proceso de crecimiento deben buscarse principalmente en dos rubros: el mejoramiento de las comunicaciones y transportes<sup>13</sup> y el descubrimiento de nuevos recursos minerales. Ambos son métodos para incrementar el volumen total de recursos más que para aumentar la productividad del volumen de recursos dados. Todos estos factores sugieren la existencia de un proceso de expansión alimentado mediante la absorción de recursos excedentes, hasta entonces colocados en la producción para la exportación.

ii) El comercio internacional entre los países tropicales subdesarrollados y los países avanzados de la zona templada ha tenido origen en acusadas diferencias geográficas y climáticas que han dado margen a la existencia de diferencias absolutas en los costos. En estas condiciones, la antigua teoría de los costos comparativos que generalmente se formula con base en las diferencias cualitativas<sup>14</sup> de los recursos de los países que realizan el intercambio, tiende a poner énfasis sobre obvias disimilitudes geográficas, en perjuicio de la investigación, mucho más interesante, de las diferencias cuantitativas en la dotación de factores entre países de clima y condiciones geográficas aproximadamente iguales. De este modo, mientras resulta

en promedio entre los años de 1870 y 1900. Tasas similares de expansión se observan en Siam e Indonesia (Cf. J. S. Furnivall, *Colonial Policy and Practice*, apéndice I; J. H. Bolke, *The Structure of Netherlands Indian Economy*, p. 184; y J. C. Ingram, *Economic Change in Thailand Since 1850*, apéndice C). Las economías de exportación africanas iniciaron su fase de expansión después del año de 1900, y los datos oficiales sobre rendimientos de la Costa de Oro, Nigeria y Uganda muestran tasas similares de crecimiento a partir de esa fecha a pesar de que la expansión se vio reprimida por la depresión de los años treinta.

<sup>13</sup> Esto es lo que el profesor L. C. A. Knowles describe como "la apertura de los trópicos (op. cit., pp. 138-142).

<sup>14</sup> Cf. J. Viner, *International Trade and Economic Development*, pp. 14-16.

obvio afirmar que Birmania es exportador de arroz debido a sus particulares condiciones geográficas y de clima, es mucho más interesante preguntarse por qué Birmania se convirtió en un exportador importante de este producto, en tanto que el Estado limítrofe de la India, con un tipo similar de clima y condiciones geográficas, se convirtió en importador neto de arroz. La tesis del “desahogo de excedentes”, al enfocar la atención sobre la densidad de la población como uno de los determinantes fundamentales de la capacidad de exportación, tiene una ventaja indudable sobre la teoría convencional.<sup>15</sup>

iii) Aceptada la importancia de las diferencias cuantitativas en la dotación de factores, queda todavía por explicar por qué la tesis del “desahogo de excedentes” de Smith ha de ser preferida a la variante moderna de la teoría de los costos comparativos de Ohlin. La razón principal reside en que, de acuerdo con la teoría de Ohlin, un país próximo a participar en el comercio internacional se le presupone dotado de un sistema económico flexible y altamente desarrollado que es capaz de ajustar sus métodos de producción y combinar sus factores para hacer frente a una amplia gama de posibles variaciones en los suministros relativos de factores (ver la Sección II). Sin embargo, en la realidad, la estructura económica de los países subdesarrollados constituye un mecanismo tosco que solamente puede llevar a efecto ajustes simples. En particular, los países subdesarrollados, con escasos recursos de técnica y capital, funcionan en condiciones más próximas a aquellas donde existen coeficientes técnicos fijos que donde prevalecen coeficientes variables. Los países subdesarrollados tampoco están en capacidad de efectuar ajustes importantes a través de modificaciones en la producción de diferentes artículos que requieran proporciones distintas de factores debido a la inestabilidad de la demanda tanto para la producción doméstica formada principalmente de alimentos básicos, como la de productos de exportación, consistentes principalmente de materias primas industriales. También aquí, la poco refinada teoría del “desahogo de excedentes” resulta ser más apropiada.

Nuestra tesis de que, en general, la teoría del “desahogo de excedentes” constituye una línea de pensamiento más adecuada que la teoría de los costos comparativos respecto al comercio internacional de los países subdesarrollados, no significa que la misma nos provea de explicaciones

<sup>15</sup> Quienes acostumbran considerar el problema en términos de diferencias cualitativas de los factores y de las rentas diferenciales podrían argüir: ¿por qué no tratar la capacidad de producción excedente como un caso extremo de la “renta diferencial”, donde el costo de transferencia de los factores de la producción doméstica a la producción para la exportación es nulo? Sin embargo, esta línea de pensamiento no describe con exactitud la situación que planteamos aquí. El costo de transferencia de los factores es nulo, no debido a que la tierra utilizada en los cultivos de exportación es totalmente inadecuada para la producción doméstica de subsistencia, sino porque con una baja densidad demográfica no hay demanda para los excedentes alimenticios que podrían haberse producido en la superficie ocupada por los cultivos de exportación. Como se verá más adelante, en una etapa ulterior, cuando la presión demográfica empieza a crecer, como en el caso de Java, la tierra que se había usado con propósitos de exportación, se ve limitada por la necesidad de producir subsistencias.

correctas para todos los posibles esquemas de desarrollo, correspondientes a los distintos tipos de economías de exportación. Ninguna línea simplista de acercamiento teórico es de esperarse que lo logre. De esta manera, si interpretamos estrictamente el concepto del excedente de capacidad productiva como preexistente y atribuible a la dotación original de factores, paralelamente deben reconocerse sus limitaciones, especialmente por lo que hace a los sectores de la minería y las plantaciones de los países subdesarrollados. En este caso, el excedente en la capacidad productiva, que pudiera en alguna medida haber existido con antelación a la fecha en que el país se inicia en el comercio internacional, generalmente se ve fuertemente incrementado por los descubrimientos de nuevos recursos mineros y por una corriente considerable de capital extranjero y de mano de obra migratoria. En tanto que la mano de obra migratoria constituye el excedente de población de otros países subdesarrollados, particularmente en el caso de la India y China, en sentido estricto no puede aplicarse el vocablo "excedente" al capital extranjero. Sin embargo, la presencia de recursos naturales excedentes y apropiados es una condición previa para atraer recursos externos de capital. Dos ideas deben destacarse de todo lo anterior. Primeramente, la introducción de la inversión extranjera no perjudica tanto a la teoría de la capacidad de producción excedente como parecería a primera vista, ya que la corriente de capital extranjero hacia los países subdesarrollados de las zonas tropicales y subtropicales ha sido relativamente pequeña tanto en el siglo xix como en el periodo que va entre las dos guerras mundiales.<sup>16</sup> En segundo término, el fenómeno de la movilidad internacional del capital y del trabajo en el siglo xix, ha sido descuidado en gran medida por la teoría de los costos comparativos, la que se basa en el supuesto de movilidad perfecta de los factores dentro del país e imperfecta entre distintos países. La tesis de la capacidad productiva excedente sirve, al menos, para recordar que la producción de la minería y las plantaciones se puede expandir sin que sea indispensable contraer, *a fortiori*, la producción de subsistencias de uso doméstico.

En particular, la aplicación de la tesis de la capacidad productiva excedente puede ser extremadamente peligrosa en ciertos lugares de África, donde las minas, plantaciones y otros negocios europeos han extraído de las economías tribales los llamados "excedentes" de tierra y mano de obra, los que, en un análisis más a fondo, no constituirían excedente alguno. En estos casos, la extracción de los llamados "recursos excedentes" mediante la aplicación de métodos coercitivos, donde los incentivos económicos comunes son sólo parcialmente importantes, implica no única-

<sup>16</sup> Cf. R. Nurkse, "International Investment to-day in the Light of Nineteenth Century Experience", *Economic Journal*, diciembre de 1954, pp. 744-58, y el informe de las Naciones Unidas sobre *International Capital Movements During the Inter-war Period*.

mente una reducción en la producción de subsistencias, sino también costos sociales de gran consideración, involucrados en la dislocación de las sociedades tribales.<sup>17</sup>

Sin embargo, cuando se enfoca la atención sobre los sectores de exportación de productos agrícolas tradicionales, la aplicación de la teoría del "desahogo de excedentes" es bien simple; a diferencia de los sectores mineros y las plantaciones, en este campo no se ha registrado ninguna corriente importante de inversión extranjera y mano de obra migratoria. La función principal de las empresas extranjeras dedicadas al negocio de exportaciones e importaciones ha consistido en servir de intermediarios entre el mercado mundial y los campesinos, y quizá, también, en estimular las necesidades o deseos de los campesinos hacia los nuevos artículos importados de consumo. Como se ha visto, la producción rural de exportación se ensanchó mediante el uso de métodos del mismo nivel técnico a los empleados en la organización tradicional de subsistencia. De esta manera, el principal efecto de las innovaciones, como el mejoramiento en los transportes y comunicaciones<sup>18</sup> y la introducción de nuevos cultivos, consistió en abrir una superficie mayor de la tierra excedente al cultivo, y no en aumentar la productividad física por unidad de tierra y trabajo. A pesar de todo, la producción rural de exportaciones generalmente pudo crecer tan rápidamente como los demás sectores y, a la vez, lograr sostener su autosuficiencia en la producción de cultivos alimenticios básicos. Así pues, se tiene aquí un caso bastante cercano al concepto teórico de la preexistencia de capacidad excedente que puede absorber por la demanda del mercado mundial con un mínimo de recursos externos adicionales.

Naturalmente, aun en este caso, hay lugar a interpretaciones disímiles. Por ejemplo, existe información que sugiere que, en las etapas iniciales de la expansión, las tasas registradas de incremento en la producción de artículos agrícolas tradicionales en el sureste de Asia y en África Occidental estuvieron muy por encima de cualquier posible tasa de crecimiento de la población trabajadora.<sup>19</sup> Dadas condiciones de técnica cons-

<sup>17</sup> Cf. Informe de las Naciones Unidas, *Enlargement of the Exchange Economy in Tropical Africa*, pp. 37 y 49-51.

<sup>18</sup> Puede destacarse que la expansión de algunos cultivos rústicos de exportación, muy especialmente el arroz en el sureste de Asia, depende en mucha mayor medida de las inversiones domésticas, como caños y carretas de bueyes, de lo que generalmente se piensa.

<sup>19</sup> Por ejemplo, la producción de cacao de la Costa de Oro creció más de cuarenta veces en el periodo de veinticinco años que va de 1905 a 1930. Tasas de crecimiento aun mayores se observaron en Nigeria, asociadas con una considerable expansión en la producción de otros cultivos. En ambos casos, se maniobró de tal manera que la economía interna permaneció autosuficiente con respecto a los artículos alimenticios básicos (Cf. West African Institute of Economic Research, *Annual Conference*, Economic Section, Achineata, 1953, especialmente el cuadro situado entre las páginas 69 y 98; *The Native Economies of Nigeria*, ed. M. Perham, vol. I, Parte II). En las zonas bajas de Birmania, la superficie cultivada con arroz se incrementó más de tres veces, mientras la población, incluyendo la inmigración de las zonas altas, se duplicó en el periodo de treinta años que va de 1870 a 1900. (Cf. Funnivall, *op. cit.*, pp. 84-5.)

tantes, ausencia de un flujo importante de mano de obra extranjera migratoria y autosuficiencia en materia de productos alimenticios básicos, sólo resta hallar respuesta al problema de cómo dichas economías rurales lograron disponer de la mano de obra adicional que les permitió ampliar su producción de exportaciones tan rápidamente. Una parte de la mano de obra pudo haberse liberado con la declinación de la industria casera y a la implantación, en sustitución del acarreo primitivo, de métodos modernos en los transportes que ahorran mano de obra; sin embargo, la solución al problema no queda satisfactoriamente resuelta en tanto no se postule que las economías de subsistencia, que empezaron su desarrollo con tierra abundante en relación a su población, debieron registrar una fuerte cantidad de desempleo o de fuerzas de trabajo excedente. El excedente de mano de obra debe su existencia no a la escasez de factores complementarios, sino a que los deficientes sistemas de transporte y la reducida especialización de la producción obstruyeron todas las salidas a la producción del excedente potencial de las unidades económicas autosuficientes, las cuales carecieron de incentivos para producir más allá de sus propias necesidades. Se tiene así, un caso típico de trabajo "improductivo", en el sentido de Smith, originado por la situación de semiocupación de una economía subdesarrollada carente de contacto con el exterior. Sin embargo, en la mayoría de las economías de subsistencia se logra movilizar la mano de obra excedente, no debido a la mayor difusión del sistema de empleo a base de salarios monetarios, sino a que las unidades básicas de la economía de subsistencia, unidas a su complemento obligado, el trabajo familiar, se trasladan en bloque al sector de economía monetaria y a la producción de exportaciones.

La necesidad de postular la existencia de una capacidad productiva excedente a fin de explicar la expansión de la producción de exportaciones en los sectores rurales, se ve fortalecida si se reflexiona en las implicaciones que se derivan del hecho de que el proceso de expansión se halla inextricablemente entremezclado con la difusión de la economía monetaria en los sectores de subsistencia. Para el campesino, en el umbral del comercio internacional, el problema de iniciar o hacer a un lado la producción de exportaciones no planteó simplemente un problema de cultivar un producto de características diferentes, sino que le implicó la decisión trascendente de participar en los nuevos y desusados caminos de la economía monetaria.

Consideremos una comunidad de campesinos que se bastan a sí mismos, la cual, con la técnica existente, apenas posee tierra suficiente para cubrir sus necesidades mínimas de subsistencia; así cualquier intento de elaborar productos de exportación sólo se conseguiría a expensas de reducir la producción de subsistencia por debajo de su nivel mínimo. Ahora bien, en consonancia con la teoría económica convencional, no existe razón

alguna que impida a los campesinos, si con ello adquieren una ventaja diferencial, desviarse hacia la producción de exportaciones y cubrir con creces su déficit de alimentos a través de compras al exterior que se pagarían con el ingreso monetario obtenido de la venta de los productos de expansión. Sin embargo, en la práctica, es improbable que los grupos campesinos recurrieran a los cultivos de exportación tan fácilmente. Y no se piense que esta forma conservadora de reaccionar es enteramente irracional; de iniciar la producción de exportaciones, contando con un margen estrechísimo de reservas, los campesinos estarían arriesgando el sufrir de un probable déficit de alimentos, a cambio de la posibilidad de percibir alguna ganancia bajo la forma de bienes importados de consumo que no dejan de considerar superfluos. Más aún, la ganancia podría desaparecer si tienen lugar movimientos desfavorables de precios —tanto de los productos de exportación que habrán de vender, como de los alimentos que tendrían que comprar—, o bien debido a las imperfecciones del mercado que seguramente serían muy importantes en esta etapa inicial. De esta manera, es de esperar que la difusión de la producción de exportaciones no tenga lugar o se extienda muy lentamente dondequiera que sea muy reducido el margen de recursos por encima de las necesidades mínimas de subsistencia,<sup>20</sup> aun cuando hubiera posibilidad real de obtener ganancias mediante la aplicación del principio de los costos comparativos.

En cambio, la explicación del tránsito de la agricultura de subsistencia a la producción para la exportación se facilita notablemente, de suponerse que el proceso se inicia con recursos excedentes que permiten producir artículos de exportación *además* de los de subsistencia. Los recursos excedentes desempeñan dos funciones: primero, permiten a los campesinos disponer de un completo resguardo en sus circunstancias económicas y les aseguran un mínimo de subsistencias antes de que corran los riesgos del comercio; y, en segundo término, los ponen en posición de considerar a los bienes importados, fruto del intercambio, como una ganancia neta, obtenida simplemente en recompensa al esfuerzo adicional puesto en cultivar los productos de exportación. Ambas consideraciones son importantes para decidir a los campesinos a dar el primer salto en la economía monetaria.

Comenzando con un primer grupo de campesinos se podría describir el crecimiento de la producción de exportaciones y de la economía monetaria como un proceso que tiene lugar bajo dos formas distintas. Pri-

<sup>20</sup> Naturalmente, este argumento puede destruirse si se supone que las diferencias en los costos comparativos son muy amplias. Sin embargo, en la medida en que la producción de exportaciones requiere absorber recursos de la producción de subsistencia, es inevitable correr algunos riesgos. Más aún, si se toma en consideración que los intermediarios, en esta etapa, exigen márgenes elevados de utilidad, las ganancias que sean suficientes para superar todo obstáculo, muy probablemente habrán de originarse en recursos excedentes más bien que en las ventajas diferenciales de los recursos utilizados plenamente. Por supuesto, el riesgo de que la cosecha se malogre lo corren por igual ya sea que produzcan artículos de subsistencia o para la exportación.

meramente, la economía monetaria podría crecer extensivamente, con mejoras en las comunicaciones y transportes, en la ley y el orden públicos, que atraerían nuevos grupos de campesinos acompañados por cierta cantidad de trabajo familiar complementario al sector de exportaciones sobre la base de una jornada parcial de trabajo, similar a la que gozó el primer grupo. En segundo término, la economía monetaria podría crecer intensivamente transformando al primer grupo de campesinos de trabajadores de tiempo parcial en productores de tiempo completo de los artículos de exportación.<sup>21</sup> En el primer caso, la existencia de recursos excedentes es como el lubricante que empuja más y más campesinos hacia la producción de exportaciones en cada vuelta del círculo en expansión de la economía monetaria. Aun en el segundo caso, la existencia de recursos excedentes resulta indispensable; si los trabajadores de tiempo completo en el sector de exportación han de adquirir sus productos alimenticios de los campesinos locales, éstos necesariamente habrán de disponer de recursos ociosos para cultivarlos por encima de sus propias necesidades. Lógicamente no existe razón alguna por la cual los campesinos del primer grupo, transformados en trabajadores de tiempo completo del sector de exportación, deban adquirir sus alimentos internamente en vez de importarlos. Sin embargo, es poco frecuente encontrar economías rurales de exportación de tal manera especializadas que tengan que cubrir sus necesidades alimenticias básicas con importaciones.

En promedio, la reacción de los economistas al panorama que hemos presentado —compuesto por cantidades discretas o bloques de la capacidad productiva excedente que son absorbidos por el círculo en expansión de la economía monetaria y el comercio internacional—, consiste en sostener que, si bien este tosco sistema de análisis es suficientemente adecuado para la etapa de transición, el análisis convencional, basado en ventajas diferenciales y curvas continuas de la productividad marginal, habrá de venir por sus fueros una vez que la mencionada etapa de transición haya terminado. Es, pues, necesario distinguir aquí entre la etapa de expansión y la de transición. Es indudable que en la mayoría de las economías rura-

<sup>21</sup> En cualquier caso, el proceso de crecimiento puede considerarse que tiene lugar una vez que se ha alcanzado el equilibrio, aproximadamente en condiciones de técnica constante y combinaciones fijas de tierra y trabajo. La característica distintiva de las economías rurales de exportación es su incapacidad para desarrollar métodos nuevos y de mayor escala en los cultivos. Es indudable que en la agricultura de subsistencia frecuentemente se subutilizan los "factores fijos", como el arado y la yunta de bueyes, y que uno de los efectos más importantes de los cultivos comerciales ha sido el de inducir al ensanchamiento de las parcelas hasta el punto en que dichos "factores fijos" quedaron plenamente utilizados. Sin embargo, el fenómeno anterior podría propiamente considerarse como un proceso de ajustes de equilibrio, tendiente a la utilización plena de la capacidad excedente, en vez de interpretarlo como la implantación de métodos nuevos que insumen mayor cantidad del factor tierra. ¡Ensachar el tamaño de la parcela para utilizar con mayor efectividad una yunta de bueyes es completamente diferente a poner en uso un tractor! Nuestra hipótesis sobre la existencia de técnicas constantes no excluye el desarrollo de la propiedad en gran escala de la tierra, que debe distinguirse de la agricultura en gran escala.



les de exportación el proceso de expansión decae o termina en la medida en que la superficie excedente de tierra adecuada para las siembras de exportación se abre al cultivo. Naturalmente, lo anterior, como se verá en la siguiente sección donde se considerarán las cuestiones conectadas con la política económica, nos enfrenta nuevamente al problema de distribuir una cantidad fija de recursos. Pero aun así, la tesis de la capacidad productiva excedente no queda enteramente fuera de lugar mientras permanezca incompleta la etapa de transición de una economía de subsistencia a una economía monetaria plenamente desarrollada. En la mayor parte de los países subdesarrollados de Asia y África <sup>22</sup> no parece probable que dicha etapa termine antes de que dejen de ser subdesarrollados.

La causa de persistente aplicabilidad de la teoría sobre la capacidad productiva puede verse, de la manera más clara posible, en el caso típico de una economía rural de exportación que, dados sus recursos naturales y técnicas de producción, ha alcanzado el límite de la expansión de su producción, mientras su población continúa aumentando rápidamente. De acuerdo con la tesis de la capacidad productiva excedente, es de esperar una caída en la capacidad de exportación, que esté, *grosso modo*, en proporción a las necesidades internas de recursos para alimentar a la población incrementada. No obstante, esta conclusión de sentido común podría compararse con la que se obtiene de la teoría convencional, tal como ha sido expuesta por Ohlin. En primer término, parece ser que la teoría de Ohlin da primacía al tipo de exportación, esto es, al problema de si en su producción se utilizan, relativamente a otros factores, mayores insumos de mano de obra o de tierra, y deja en segundo término a la capacidad total de exportación, medida por el coeficiente que se obtiene al dividir las exportaciones totales entre la producción total del país. En segundo lugar, dentro de la teoría de Ohlin, no existe razón válida alguna que impida, a un país densamente poblado, tener un elevado coeficiente de exportaciones (las cuales insuman mano de obra intensivamente) respecto a su producción total.

El modelo ideal de comercio que sugiere la teoría de Ohlin tiene su contrapartida real en los países densamente poblados de Europa, los cuales, por esa misma razón, se han visto obligados a desarrollar un importante comercio de exportación de manufacturas y aun de productos agrícolas, como en el caso de Holanda. Pero cuando uno fija la atención en los países subdesarrollados densamente poblados, el esquema ideal del comercio exterior diverge grandemente del real. Sin duda, podría afirmar que tales países permanecen en el subdesarrollo precisamente porque no han tenido éxito en la creación de un comercio de exportación que,

<sup>22</sup> Cf. *The Enlargement of the Exchange Economy*, op. cit. Aun en el caso de las economías rurales de exportación más desarrolladas, la economía monetaria no se ha difundido en la misma medida en el mercado de factores como lo ha hecho en el de productos.

utilizando intensivamente la mano de obra, pueda hacer frente a las necesidades de una población en aumento.

Naturalmente, el coeficiente de exportación respecto a la producción total podría mantenerse al mismo nivel, y darse salida a la presión demográfica por otros medios. Sin embargo, frente a las condiciones existentes, aun este modelo neutro de desarrollo podría resultar de imposible aplicación en muchos de los países subdesarrollados. Así, en Indonesia existen datos que parecen llevar a la conclusión de que el volumen de exportaciones de Java y Madura, regiones densamente pobladas, está disminuyendo en términos absolutos y, también, relativamente con respecto al de otras islas, que todavía registran una baja densidad demográfica.<sup>23</sup> Por supuesto que existen otras causas explicativas de dicha disminución; sin embargo, la presión demográfica, que reduce la capacidad productiva excedente, parece constituir el factor económico fundamental; y esta tendencia hacia la disminución de la producción se extiende del sector de exportaciones rústicas al de exportación de plantaciones, en la medida que una mayor superficie de éstas, que se dedicaba al cultivo de azúcar y caucho, se ve invadida por la producción de subsistencias.<sup>24</sup> En términos generales, dadas las condiciones sociales y económicas que privan en muchos países subdesarrollados, parece justo concluir que las tendencias en su comercio de exportación probablemente estén más cercanas a las que sugiere la hipótesis de la capacidad productiva excedente, que las que se derivan de la teoría de los costos comparativos.<sup>25</sup>

#### IV

Este trabajo está enfocado principalmente hacia aspectos de análisis e interpretación; sin embargo, completaremos la argumentación haciendo una breve referencia a algunas de sus implicaciones de política.

i) Hemos visto que por efecto de la presión demográfica que experimentan muchos países subdesarrollados, dada su organización económi-

<sup>23</sup> Cf. J. H. Bocke, *Ontwikkelingsgang en toe Komst van bevolking en ondernemingslandbouw in Nederlandsch-Indie* (Leiden, 1948), p. 91. Esta referencia bibliográfica fue obtenida de la tesis inédita de M. Kidron.

<sup>24</sup> La misma tendencia hacia la transferencia de tierras de las plantaciones a la agricultura de subsistencia puede observarse en Fiji, cuya presión demográfica, en aumento constante, se originó en la mano de obra migratoria procedente de la India, que inicialmente se trajo para trabajar en las plantaciones de azúcar. En este caso, nuestro bosquejo se hace impreciso debido a la declinación de la industria azucarera. La causa por la cual esta tendencia parece ser inoperante en las Indias Occidentales es muy compleja. Sin embargo, es parcialmente atribuible a la industria del turismo, que ayuda a cubrir las importaciones de alimentos de algunas de las islas.

<sup>25</sup> También la hipótesis de la capacidad productiva excedente puede utilizarse parcialmente para explicar por qué países subdesarrollados, como la India, que principiaron con una alta densidad de población, tienden a conservar grandes bolsones con economía de subsistencia, a pesar de su más prolongado contacto con la economía mundial, en tanto que los sectores de subsistencia de los países de baja densidad demográfica, como los de África occidental, tienden a desaparecer con mayor rapidez, no obstante haberse iniciado mucho más tarde en el comercio internacional.

co-social existente, la capacidad de exportación probablemente se verá reducida al transferirse recursos naturales del sector de exportación al de subsistencia. Si suponemos que esos recursos naturales poseen una genuina ventaja comparativa de dedicarse a la producción de exportaciones, entonces la presión demográfica causa un doble perjuicio: primero, a través de los rendimientos decrecientes y, segundo, por desviarse recursos a usos menos productivos. De este modo, si Java posee una ventaja diferencial en el cultivo de caucho y azúcar, obtendría mayor cantidad de arroz si conserva intacta la superficie de plantación, que si permite que sea invadida, por los campesinos, para sembrar arroz de subsistencia. Los economistas liberales ortodoxos, enfrentados a esta situación, naturalmente, aconsejarían, con gran insistencia, la supresión de los obstáculos artificiales al desarrollo sistemático de la economía monetaria y del sistema de precios. Ahora bien, existen muchos países subdesarrollados que padecen agudos trastornos originados en rigideces económicas que, a su vez, han surgido como resultado de las peculiaridades de la estructura social, conjunta o separadamente, con la adopción de medidas discriminatorias, basadas en diferencias de raza, religión o clase. En estos casos, podría probarse fácilmente que la supresión de las barreras, por ejemplo la movilidad vertical u horizontal del trabajo, la libertad para poseer tierras y para dedicarse a cualquier ocupación, etc., constituyen una fuerza liberadora de gran importancia.<sup>26</sup> Sin embargo, a la luz de nuestro análisis, es mucho más sencillo promover el desarrollo de la economía monetaria durante la fase inicial, cuando el país apenas ha comenzado a comerciar con el exterior y conserva todavía abundantes excedentes de tierra y mano de obra que hacerlo más tarde, cuando se han agotado los recursos excedentes —en particular la tierra— que alimentan el desarrollo de la economía monetaria. Así, en un país como Java, existe una gama muy rica de restricciones artificiales, atribuibles a la costumbre o de reciente creación, que los economistas liberales bien podrían criticar, *v. gr.*, las limitaciones sobre la propiedad de la tierra. Sin embargo, dada la combinación de presión demográfica, grandes zonas con economía de subsistencia y métodos tradicionales de producción, es muy dudoso que la simple supresión de las restricciones artificiales pudiera producir resultados apreciables, en ausencia de una política mucho más vigorosa de interferencia gubernamental. A decir verdad, la economía de cambio de los países subdesarrollados, por las razones expuestas con anterioridad, es un mecanismo incipiente, muy imperfecto, que sólo está en posibilidad de responder con ajustes simples y toscos a los estímulos económicos, y que podría precisar de una interferencia estatal considerable a fin de acercarse hacia el punto de equilibrio

<sup>26</sup> Ésta es la razón por la cual una solución "liberal" sería muy adecuada en lugares como África central y oriental, los cuales padecen, debido al atraso general de la población indígena y la presencia de una población de colonos blancos, los dos tipos de rigidez.

de los costos comparativos. De esta manera, suponiendo que Java posee ventajas diferenciales en la producción de caucho y azúcar, una mejor redistribución de sus recursos podría requerir, por ejemplo, la transferencia del excedente de población a las islas de baja densidad demográfica, o bien hacia las industrias de la propia isla de Java, así como de una política vigorosa en favor de las exportaciones, complementada con compras masivas y subsidios al arroz de importación. Nos encontramos aquí frente a un dilema fundamental, que es particularmente difícil para los economistas liberales ortodoxos. Bajo un escrutinio más cuidadoso, resulta evidente que la argumentación en favor del comercio libre, aunque apoyada ostensiblemente en el principio de los costos comparativos, se ve fortalecida por ciertas premisas generales de los clásicos, en contra de la protección e interferencia estatal:<sup>27</sup> v. gr., la dificultad de seleccionar las industrias adecuadas que han de protegerse, la imposibilidad práctica de retirar la protección una vez otorgada, la tendencia de los controles a extenderse promiscuamente a través de todo el sistema económico, estrangulando su desarrollo, etc. Estas presunciones clásicas cobran mayor fuerza ante la bien conocida ineficiencia administrativa y, en ocasiones, corrupción de los gobiernos de los países subdesarrollados. Así, aun cuando se crea en la bondad de la estructura del comercio internacional del siglo xix, sustentado en la existencia de ventajas naturales, como podría asegurarse que el Estado es lo suficientemente apto para hacer la selección adecuada de los artículos que formarán parte de su política de fomento a las exportaciones, si se le considera incompetente para seleccionar las industrias susceptibles de protegerse.

ii) Hemos visto que la rápida expansión de la producción exportable de los países subdesarrollados en el siglo xix, no puede explicarse satisfactoriamente sin postular que dichos países poseían una cantidad considerable de capacidad productiva excedente, compuesta tanto de recursos naturales ociosos como de mano de obra subutilizada. Lo anterior nos arma con un argumento de sentido común en favor del libre comercio, que es, sin duda, aplicable a los países subdesarrollados en el siglo xix, como sigue: la capacidad productiva excedente provee, a estos países, de un medio de adquirir importaciones, sin incurrir de hecho en costo alguno, el cual no precisa del retiro de recursos de la producción doméstica, sino sencillamente de la utilización más completa de la fuerza de trabajo subocupada. Por supuesto, se podría señalar que el costo real, cubierto por la población indígena, consiste en la realización de nuevos esfuerzos y en el sacrificio del modo de vida tradicional,<sup>28</sup> además de los diversos costos

<sup>27</sup> Cf. J. Viner, *International Trade and Economic Development*, pp. 41-2. Véase también Sidgwick, *Principles of Political Economy*, Libro III, capítulo v.

<sup>28</sup> Formalmente, es posible refundir la hipótesis de la capacidad productiva excedente dentro de la teoría de los costos de oportunidad mediante el expediente de tratar el ocio como el principal elemento del costo, en vez de tomar el valor de la producción que pudo haberse obtenido. Pero ello

sociales que no se toman en cuenta normalmente en la teoría de los costos comparativos, tales como someter a la población a las cargas fiscales, a trabajos forzados y frecuentemente al de buscar acomodo a un flujo considerable de trabajadores inmigrantes, lo que da origen a dificultades sociales y posteriormente a problemas políticos. También se podría señalar un costo social de naturaleza distinta que surge del desperdicio en la explotación de los recursos naturales.<sup>29</sup> Pero en la mayoría de los casos es posible, sin embargo, afirmar que la población indígena de los países subdesarrollados se avino voluntariamente a la producción de exportaciones y disfrutó de una clara ganancia al poder dar satisfacción a sus crecientes necesidades por nuevas mercancías de importación. Hasta este punto, nuestro argumento en favor del libre comercio permanece, todavía, sin cuarteaduras importantes. Los economistas ortodoxos, debido a su rígida insistencia en aplicar la teoría de los costos comparativos a los países subdesarrollados del siglo XIX, han pasado por alto este argumento que es más simple y a la vez más poderoso.

iii) Hemos visto, en la Sección I, que las raíces profundas de la hostilidad de los artículos hacia la "teoría clásica" y a la estructura del comercio internacional del siglo XIX, puede seguirse la pista hasta la época en que las potencias coloniales trataron de implantar medidas de fomento de exportaciones en los países tropicales subdesarrollados y justificaran tales medidas invocando la "teoría clásica del libre comercio" y la doctrina del comercio internacional de Adam Smith, que las que las consideran como una fuerza dinámica que generaría un importante movimiento ascendente del nivel general de productividad de los países que participaran en el intercambio. Todo lo anterior es visto por los críticos como una racionalización, apenas disfrazada, del deseo de los países avanzados de defender sus mercados de productos elaborados y de materias primas. De esta manera, se ha vuelto un lugar común de la crítica el afirmar que el proceso del comercio internacional del siglo XIX ocasionó una "inclinación hacia las exportaciones" en la estructura económica de los países subdesarrollados, lo que ha aumentado su "vulnerabilidad" frente a las fluctuaciones de la economía internacional.

En la Sección II hemos visto que una vez que se abandona el mundo ideal de la teoría de los costos comparativos, en el que los recursos no

oscurecería el hecho fundamental de que los países subdesarrollados han podido ensanchar su producción muy rápidamente, no sólo debido a que la población indígena estuvo dispuesta a sacrificar su ocio, sino también a la existencia de recursos naturales ociosos con que trabajar.

<sup>29</sup> El costo social de la erosión de los suelos puede ser muy importante: sin embargo, este fenómeno puede tener origen no sólo en el ensanchamiento de la producción de exportaciones, sino también en los métodos deficientes de cultivo y en la presión demográfica. La cuestión de dar compensación adecuada a los países subdesarrollados por la explotación de sus recursos minerales no renovables pertenece a la categoría de problemas relativos a la distribución de las ganancias del intercambio. A este respecto, solamente nos interesa establecer que las poblaciones indígenas, de hecho, obtienen algunas ganancias del intercambio.

utilizados en el mercado de exportación son reabsorbidos por la producción interna, cualquier país con un sector importante de exportaciones puede considerarse como "vulnerable". En consecuencia, puede decirse que un país es vulnerable si ha logrado alcanzar mediante el sencillo expediente de utilizar su capacidad productiva excedente, un elevado coeficiente de exportaciones respecto a su producción total. A *fortiori*, un país es vulnerable cuando ha aprovechado totalmente su capacidad excedente original. ¿Cómo encaja en nuestro panorama general la idea de la "inclinación hacia las exportaciones"?

El término "inclinación hacia las exportaciones" (*export bias*) seguramente significa que los recursos de los países subdesarrollados que podrían haberse utilizado en la producción doméstica, fueron desviados, mediante una política deliberada, hacia la producción de exportaciones. Una de las implicaciones de la tesis de la capacidad productiva excedente es la de hacer a un lado la noción de la "inclinación hacia las exportaciones". Durante la etapa inicial en los sectores rurales de exportación, con baja densidad demográfica y tierras baldías en abundancia, la opción no consistió fundamentalmente en elegir entre usar los recursos excedentes para la producción doméstica o las exportaciones, como en decidir si éstos se utilizarían en producir para el mercado externo o si se dejarían ociosos. Posteriormente, como hemos visto, cuando la presión demográfica aumenta —recuérdese el caso de Java— la desviación de recursos probablemente irá en contra, en vez de en favor, del sector de exportaciones. Aun cuando se examinan los sectores mineros y las plantaciones, es difícil encontrar, en sentido estricto, una "inclinación hacia las exportaciones" de magnitud importante. En este caso, la interrogante fundamental es la de determinar en qué medida habría sido posible desviar el capital extranjero y los recursos técnicos hacia los sectores domésticos. La respuesta es evidente. Por un sinnúmero de razones, particularmente la pequeñez de los mercados internos, muy pocos gobiernos de los países subdesarrollados, coloniales o independientes, han logrado distraer cantidades importantes de inversión exterior de las industrias extractivas de exportación para canalizarla a las industrias domésticas. Cuando se critica a los gobiernos coloniales debiera recordarse que la única alternativa que tuvieron fue la de decidir entre atraer una mayor o una menor cantidad de capital extranjero para el sector de exportaciones y no la de atraer inversión al sector doméstico *versus* las industrias de exportación.

Lo anterior no es pretexto para negar que los gobiernos coloniales tuvieron poderosas razones para promover la producción de exportaciones. Además de los intereses de la metrópoli, los propios gobiernos coloniales tuvieron también intereses creados en la expansión del comercio exterior,

<sup>30</sup> Esto es aplicable a los gobiernos de la mayoría de los países subdesarrollados, coloniales o independientes, del pasado o del presente.

ya que del mismo derivaban el grueso de sus ingresos.<sup>30</sup> En la búsqueda de nuevas fuentes de ingreso, dichos gobiernos pusieron en práctica diversas medidas de política a fin de atraer inversión extranjera a los sectores mineros y las plantaciones, como el otorgamiento de concesiones y contratos favorables, tarifas preferenciales en el transporte ferroviario, política impositiva diseñada para facilitar los suministros de mano de obra, suministro de servicios técnicos, etc.<sup>31</sup> Pero en general, se está en lo cierto al afirmar que la contribución más importante de los gobiernos coloniales a la expansión de las exportaciones debe buscarse no en la política de fomento de exportaciones, sino en el suministro de servicios básicos como el establecimiento de la ley y el orden públicos y sistemas modernos de transporte, los cuales permitieron que la capacidad productiva excedente de las colonias se canalizara a satisfacer la demanda del mercado mundial. Si se desea criticar la política de fomento de las exportaciones de los gobiernos coloniales, resultaría más apropiado hacerlo no sobre la base de la "inclinación hacia las exportaciones", sino sobre el hecho de que probablemente desviarán una porción exagerada de las ganancias del comercio internacional y de los servicios públicos de las colonias hacia la industria minera, propiedad de extranjeros, y hacia las plantaciones, en perjuicio de la mano de obra indígena y los productores de exportaciones rurales.

Podría pensarse que hemos interpretado muy estrechamente la doctrina de la "inclinación hacia las exportaciones", la cual simplemente ha sido utilizada para transmitir la proposición general de que, cualquiera que hubiese sido la verdadera causa, la estructura del comercio internacional del siglo XIX ha ocasionado que muchos países subdesarrollados registren elevados coeficientes de exportación de materias primas respecto al producto nacional total, lo cual a su vez ha hecho deseable reducir su "vulnerabilidad" frente a las fluctuaciones económicas internacionales. Sin embargo, la dificultad estriba en que la doctrina de la "inclinación hacia las exportaciones" tiende a sugerir que la producción para exportaciones de materias primas de los países subdesarrollados se ha ensanchado artificialmente, más de la cuenta, no sólo en términos relativos con respecto al sector de producción interna, sino también en términos absolutos. Dado que existen fuertes sentimientos nacionalistas y anticolonialistas en los países subdesarrollados, lo anterior puede convertirse en una doctrina engañosa que lleve a fortalecer la extendida creencia de que continuar produciendo materias primas para la exportación es equivalente a preservar la estructura "colonial" del comercio. Ya en estos momentos existen muchos

<sup>31</sup> Respecto al problema de las posibles repercusiones del funcionamiento del sistema de cambio de la esterlina 100 % en las colonias, en el sentido de fomentar la "inclinación hacia las exportaciones", véase A. D. Hazlewood, "Economics of Colonial Monetary Arrangements", *Social and Economic Studies*, Jamaica, diciembre de 1954.

países subdesarrollados que se preocupan poco por estimular a los sectores rurales de exportación, desviando demasiados recursos técnicos y de inversión a los proyectos de desarrollo industrial: también se ha lesionado a los sectores de la minería y de las plantaciones de exportación, al amenazar o llevar a efecto actos de nacionalización y poner en práctica diversas restricciones y regulaciones. El resultado ha sido el de reducir las disponibilidades de divisas tan necesarias a su desarrollo económico. Naturalmente, ningún crítico razonable de la estructura del comercio internacional del siglo XIX se atrevería a sugerir medidas tan drásticas como la supresión completa de las exportaciones; inclusive algunos reconocerían la necesidad de medidas vigorosas para fomentar exportaciones.<sup>32</sup> Sin embargo, habiéndose creado y difundido un clima de hostilidad y suspicacia en torno a la estructura colonial del comercio internacional, los críticos del colonialismo difícilmente podrían aceptar las verdades evidentes que siguen: a) Aun con la base de estimaciones optimistas sobre las posibilidades de recibir ayuda extranjera, los países subdesarrollados tendrán que cubrir, en su mayor parte, el costo de los programas tendientes a lograr una mayor autosuficiencia nacional o a iniciar la exportación de productos manufacturados; b) en estos momentos las divisas necesarias para los planes de desarrollo sólo pueden obtenerse mediante la exportación de materias primas (aunque no necesariamente las mismas que, se decía, les daban una ventaja comparativa en el siglo XIX; y c) que para el éxito de los planes de desarrollo, es de vital importancia poner en práctica una política de fomento a las exportaciones, la cual en sus aspectos técnicos, podría no diferir substancialmente de las que aplicaron los gobiernos coloniales en el pasado.<sup>33</sup>

Naturalmente que, al tratar de financiar sus planes de desarrollo con las divisas obtenidas de la exportación de materias primas, los países subdesarrollados continuarían siendo "vulnerables"; pero esto debe tratarse por separado, como un problema de estabilidad a corto plazo<sup>34</sup> y no como una crítica de la estructura del comercio internacional del siglo XIX conec-

<sup>32</sup> Cf., por ejemplo, Gunnar Myrdal, *An International Economy*, p. 274.

<sup>33</sup> Los gobiernos coloniales frecuentemente han defendido su política de fomento a las exportaciones como medio de gravar al comercio exterior y financiar así los servicios indispensables al desarrollo interno. Sin embargo, como se trataba de gobiernos coloniales, sus argumentos resultaron sospechosos. A primera vista podría imaginarse que los nuevos gobiernos independientes de los países subdesarrollados quedarían libres de toda suspicacia. Desafortunadamente, dada la atmósfera de intenso nacionalismo anticolonialista, ése no ha sido el caso. En algunas ocasiones los nuevos gobiernos independientes parecen estar atados de manos aún más fuertemente, y muchas medidas de política, que se admitirían como deseables, son descartadas como "políticamente impracticables". En estos casos, los economistas que se consideran como críticos de la teoría clásica y de la estructura del comercio del siglo XIX, tienen indudable responsabilidad. En vez de tratar con excesivo tacto a las "comprensibles reacciones emocionales", que ellos mismos contribuyeron a crear, debieran señalar con energía el conflicto existente entre consideraciones racionales y actitudes mentales "comprensibles". Los países subdesarrollados son demasiado pobres para darse el lujo de tener flaquezas sentimentales.

<sup>34</sup> Cf. el informe de las Naciones Unidas, *Measures for International Stability* y los comentarios de Myrdal sobre el mismo, op. cit., pp. 238-53.



tada con el crecimiento a largo plazo de los países subdesarrollados. Desde un punto de vista de largo plazo, aún países que han logrado industrializarse y están, en consecuencia, en posición de mantener a su población en un nivel de vida más elevado (como Japón o los países densamente poblados de "Europa occidental") continuarán siendo "vulnerables".<sup>35</sup>

<sup>35</sup> Ha sido principalmente en relación a los países densamente poblados de Europa Occidental, que se han especializado y adaptado su estructura económica a las necesidades del mercado de exportación, que el profesor J. H. Williams encontró la tesis del "desahogo de excedentes" de Smith especialmente esclarecedora. En este trabajo hemos interpretado más estrictamente el concepto de "excedente" en su forma preexistente, sin considerar los mejoramientos y aumentos de la capacidad productiva atribuibles a un proceso de genuina "especialización". (Cf. J. H. Williams, "International Trade Theory and Policy, Some Current Issues, *American Economic Review, Papers and Proceedings*, 1951, pp. 426-7.